

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORA

LOS LOCOS

Largo trecho llevaba ya el sol dorando la nebulosa mañana de un miércoles de Ceniza, cuando mis dos amigos salían del baile, en donde habían entrado á las doce de la noche anterior. Pálido y descompuesto el rostro, turbia la pupila y enrojecidos los párpados, como tenia que suceder tras el insomnio y la crápula y el saltar y el chillar en horrendo aquellarre, ibáanse tambaleando dentro de sus *dominós*, sin sospechar si quiera lo que á tal hora y con semejante catadura padecía su dignidad de hombres, y se oscurecía su diadema de cristianos.

Á la misma hora dos capuchinos con rostro también macilento, pero con paso firme, salían de una casa, en cuya bordilla también habían entrado á las doce de la noche anterior, y acababan de despedir para el eterno viaje á un pobre menestral, muerto de fiebre contagiosa.

Paráronse los dos amigos, contemplaron un momento aquella especie de aparición, miráronse despues, no se sabe si con asombro ó vergüenza, y el que más proveyo parecia, dijo á su camarada: «No hay medio; ó estos ó nosotros estamos locos.»

La verdad es que unos y otros lo estaban: por amor de locura los primeros; con locura de amor los segundos.

De aquellos dos frailes, el uno era primogénito de grande de España. La naturaleza, obediente á los designios de la Providencia divina, le habia dado complexion robusta, cuerpo gentil, semblante hermoso, talento agudo, corazón tierno. La alteza de su estirpe, el amor de sus padres y sus pingües rentas prometían á su juventud un paraíso de deleites donde gozar plenamente el fruto de aquellas prendas naturales junto con todas las honras que el mundo lisonjero prodiga siempre al valimiento y á la fortuna.

Pero él pensó que la locura de la Cruz era mayor granjería, y hollando el ludibrio de mucho necio, y sobre poniéndose al no importuno consejo de

muchos prudentes según la carne, y triunfando de muchas lágrimas suyas y ajenas, vistióse un tosco sayal y sepultóse en una celda humilde. Allí estudia, reza, mortifica sus sentidos, obedece sin murmurar á su prelado, (hijo por cierto, de un lacayo de su casa), y no sale de allí sino para enseñar el Catecismo á rapazuelos andrajosos, para predicar á turbas que le desprecian, visitar hospitales apestados, auxiliar á indigentes moribundos, mendigar el pan de cada día, y arrojarse la amenaza y bendecir el insulto de innumerables que ayer le aborrecían envidiosos y hoy le detestan impíos.

Come, no todos los días, ni siempre abundante, los restos del cotidiano banquete que en la portería de su convento reparte al mendigo. Duerme sobre tablas desnudas; y reposa en una piedra su cabeza, y ni aun este mezquino descanso le consiente la campana que á media noche le grita llamándole á pedir á Dios misericordia por los que á la misma hora duermen, juegan, seducen, roban, matan ó quizás trabajan, padecen y gimen. El sayal que en verano le abrasa, no le abriga en invierno. Comparados á todo su tenor de vida, los perros de la casa de sus padres son dechados de molición.

Pues de este hombre, que así entró á vivir porque quiso, que así vive porque quiere, y que así ha resuelto libérrimamente esperar su última hora; de este hombre, digo, hay quien pregona iracundo que es un azote de la libertad, un holgazan sibarita y un enemigo del pueblo...

¡Horrible, horrible!

—¿Con que sabes el gran disgusto que hay en casa de mi principal.

—Por fin, ha quebrado... Bien decias tú que tanto aventurarse habia de parar en ruina...

—¡Cá! no es eso; precisamente ayer hicimos el balance y sacamos un activo líquido de veinte y pico de millones...

—Pues entonces ¿qué disgusto es ese?

—¿Qué ha de ser? que se le ha escapado de casa la chica menor.

—¡Pepital! ¿Qué me cuentas? ¿Quién lo hubiera pensado al verla tan gazmón, tan metida en sí... ¿Cuánto apostamos á que el cómplice es algún *neo*?... ¿Y no saben el paradero de la niña?...

—Sí por cierto; se lo ha escrito ella misma á sus padres, está en el convento de las Capuchinas...

—Vaya, menos mal. Si quiera el raptor la ha depositado en lugar decente.

—No, si no es eso. Es que encaprichada con sus beaterías, por lo visto se le han calentado los cascos á lo divino, y segura de que sus buenos padres no la habían de consentir el disparate que llama ella su *vocación*...

—¡Calla! ¿Quiere ser monja?...

—¡Y capuchina!

—¡Qué barbaridad! Una muchacha tan bonita, con tres millonejos de dote, á más de lo que atrape en cerrando los viejos el ojo... ¡Y criada con tanto mimo!... ¡Pero esa chica se ha vuelto loca!...

—Quien corre peligro de volverse loco es el padre, y sobre todo la madre, que están más muertos que vivos...

—Pero algo habrán hecho. ¿Pero qué no acuden al alcalde, al gobernador, al ministro?

—Ya lo han pensado; pero la chica, según parece, se ha agarrado á buenas aldabas. Y luego, la muy mogigata, en el papelote que ha escrito desde el convento á sus pobres padres les dice en resumen que de allí no la sacarán sino á pedazos; y por Dios y los Santos les ruega que la dejen en paz, y les hace mil protestas de que los quiere con toda su alma, y que les agradece de todo corazón cuanto han hecho por criarla y educarla, y que pedirá á Dios que los colme de todo bien... ¿Qué sé yo cuántas otras oraciones por este estilo?... Y que no tienen motivo para afligirse; que alcabo en la misma población se quedan todos, y que podrán verse con frecuencia, y saber unos de otros á toda hora... *mamita* mía por acá, y *papaito* mio por allá... En suma, tengo para mí que á los pobres señores el suceso les habia de costar la vida si no les quedara el consuelo de la chica mayor, ya sabes...

—¡Si, la Juanita! Esa si que es mu-
chacha juiciosa. Bien se merece el for-
tunon que se le entra por las puertas...

—¡Ahí es nadal! Un novio cien veces
mas rico que ella. Solo el *ingenio* que
tiene en la Luisiana y sus dos minas
de California... ¡Que hombre, que hom-
bre! No hay como estos anglo america-
nos para llevarse el mundo por delan-
te... Y lo que mi principal dice: «Aun-
que la chica no está desnuda, bueno es
un pan con un pedazo.»

—¡Ya lo creo! ¿Qué reina se puede
comparar con ella? Será la envidia de
todas las ricas hembras del Nuevo
Mundo...

—¡Y apenas el novio la quiere lucir!
Solo para llevar el equipaje ha tomado
por su cuenta un tren que pasee á los
recien casados por toda Europa, y lue-
goun magnífico vapor que los instale por
de pronto en Nueva Orleans, mientras
van á ocupar el suntuoso palacio que les
están construyendo en S. Francisco...
Un poco lejos está; pero como la mamá
dice muy bien: «Hoy ya nada está le-
jos, el vapor y la electricidad han su-
primido las distancias... ¡Qué boda, que
boda!... No, y la cosa ha sido como un
relámpago. Quince días há, estubo el
yankée á cobrar una letra en casa; le
convidan á comer, vé á Juanita, y mi
hombre quedó flechado... Tan buen
mozo, tan rico, tan espléndido, no pue-
de menos de hacer muy feliz á su mu-
jer.

—Por supuesto, mientras la otra
simple pasará la vida encerrada entre
cuatro paredes, vistiendo jerga, comien-
do aluvias, y por todo divertimento
cantar latinajos que no entiende, con
acompañamiento de disciplina.

¡Horrible, horrible! (1)

FIN DE FIESTA

El *yankée* resulta un granuja de mar-
ca mayor, que emplea sus millones en
abreviar los vicios. Su mujer enjaulada
en magnífico palacio y consumida de
penas, muere física sin que sus pa-
dres puedan impedirlo.

En cambio la capuchina del sayal y
las aluvias es el consuelo de los viejos
que van al locutorio á llorar con la *loca*
las desgracias de la *prudente*.

OTRO CUADRO FINAL

—Padre, ¿cree usted que Dios me
perdonará?

—Sí, hijo mio, Dios es muy miseri-
cordioso.

—¡Ay padre! quien pudiera nacer
dos veces! En estos momentos es cuan-
do se ve la verdad. ¿Recordará usted un
dia miércoles de ceniza, que en la ca-
lle de X, encontró usted dos máscaras
de dominó. Yo era una de ellas. De
entonces data la enfermedad que me
consume. Aquel baile me hirió de
muerte.

—Lo recuerdo perfectamente. Ya
murió tambien el padre que me acom-
pañaba. Y por cierto que murió son-
riendo y exclamando: ¡quién tuviera
cien vidas para emplearlas todas en
servir á Dios; áun á trueque de ser
llamado loco y mentecato.

—¡Oh! ¡los locos! A la luz de la úl-
tima candela es cuando se ve quienes
lo son aunque no lo parezcan y quienes
aunque lo parezcan no lo son.

LOS CAMINOS DE LA LUZ

Diálogo escrito por el Sr. Obispo de Laval
y que deben leer todos los que dicen que no
tienen fé porque no está en su mauo el te-
nerla.

(Continuacion)

EL DISCIPULO.—Empiezo á entender
vuestra teoria. Consistiendo la religion
en la union de Dios y del hombre, cuan-
to sirve para acercarnos á Dios: el amor
la honradez, la pureza, la humildad, de-
ben necesariamente acercarnos á la
religion, y si hay alguna revelada por
Dios, debe llevarnos á ella. Hasta com-
prendo que ese sea el camino más se-
guro. Porque, ¿en dónde podria hallar-
se la ilusion? Quiero deshechar el mal;
quiero practicar el bien. ¿Quién puede
equivocarse en eso? Tomo como norma
de mi vida la práctica del bien, la prác-
tica absoluta, constante, desinteresada,
vigorosa del deber. Evidentemente ahí
está lo cierto. He ahí el camino que
conduce infañiblemente á Dios. Es im-
posible que Dios no se halle al fin.

EL MAESTRO.—Sí; es absolutamente
imposible que cuando el hombre, por
medio de la virtud entra en uno de los
extremos del camino, Dios, con la ver-
dad, no se halle en el otro. Acordaos
del hijo pródigo. Cuando hubo dado el
primer paso en su camino, su padre ha-
cia tiempo que le esperaba con los bra-
zos abiertos.

D.—Comprendo eso perfectamente.
Pero, decidme; ¿no hay, en verdad, más
que hacer eso para alcanzar la fé?
¿Cómo! ¡No hay que estudiar nada! Dios

nos ha dado el espíritu, la razon, el en-
tendimiento; nos los dió para la verdad
teniéndola en cuenta; para alcanzarla,
para servirnos de ella; y vos ahí no los
empleais! los dejais en la inercia! Nada
tienen que hacer en la investigacion y
el descubrimiento de la verdad? Os con-
fieso que eso me admira y me aflige.

M. ¡Paciencia! El estudio tendrá su
vez. El entendimiento no tardará en en-
trar en escena, y ahí desempeñará un
gran papel. Pero no ha llegado la hora.
La Religion es el encuentro de Dios y
del hombre; su encuentro mediante el
corazon. El corazon pues debia ser el
primero que hubiese de aparecer, el
amor es quien debia preparar el sus-
tento, y preparar á el alma entera una
situacion armónica con Dios, en estado
tal que pudiese súbitamente comover-
se en su presencia y correr á él; pues
ya lo sabeis, no puede darse sociedad
sino entre seres semejantes. He ahí lo
que hemos hecho ya, y esta primera la-
bor está sin concluir.

Al amor que practica el bien, que nos
hace puros y humildes, que prepara el
alma, debe juntarse la oracion que lla-
ma al fuego y hace que á nosotros ven-
ga la llama. Es lo que Maine de Biran
enseñaba y practicaba en sus dolorosos
años cuando lentamente se remontaba
á la luz. De este modo indicaba, en su
cuaderno de notas, en el cual dejaba ca-
da noche sus dolorosas impresiones, los
medios de volver á la verdadera vida:
«Primeramente, desear, sentir la pro-
pia necesidad, la propia miseria, la pro-
pia dependencia, y hacer un esfuerzo
para subir mas alto. Despues, rogar, pa-
ra que el espíritu de sabiduria descien-
da ó que llegue al reino de Dios; rogar;
mirar á la fuente de donde procede la
luz. De este modo el hombre se halla en
posesion de un tesoro infinito, inagota-
ble.»—¿Quién me dará, pues, decía él;
tambien, las alas de la oracion?... ¡Oh!
cuan necesario me es el rogar!» Y es
seguida: «Día feliz, de calma, y de ra-
zon, efecto de la súplica.»

He ahí las palabras de un gran filóso-
fo, del más grande filósofo, quizá, de
estós tiempos. En su propia razon en-
contró que, para llegar á la luz, la sú-
plica es todavia más poderosa que la
razon. Es el gran medio despues del a-
mor. Ademas, la oracion solo es difícil
para aquellos que no aman. Cuando se
ama, no es costoso decir como la esposa
de los cantares: *Osculatur me osculo oris
sui*: ¡Oh! Señor, acercad vuestros labios
á los míos, para que salga yo de mi so-

(1) Estos preciosos fragmentos son debidos á la plu-
ma del insigne escritor D. Gabino Tejado, á quien pe-
gimenos dispusieron les hayamos añadido algunas lineas

ledad y entre en ese dulce comercio de la Religión; ó como la Samaritana: *Domine da mihi bibere*: Señor, dadme de beber, para que yo no venga ya enteramente solo, á la hora del medio día, con el calor, á este pozo de Jacob que está tan lejos y en donde encuentro tan poca agua. He ahí la oración. Quereis volver á la Religión, á ese tierno abrazo de Dios y del hombre; bien está el hacer un esfuerzo para acercarse á él vuestro corazón; pero eso no basta; es preciso también que venga él, que se incline á vos paternalmente; y para eso es necesario pedirselo. ¡Tanto tiempo hace que deseáis ese abrazo; ¿No podeis poner os de rodillas y rogar á Dios que venga?

D.—No hay duda que sí; mas para rogar, es necesario tener fé; y si para lograr la fé es necesario rogar, ¿No hay ahí un círculo vicioso?

M.—Ah! sí, hay un círculo vicioso. El mundo está lleno de esos círculos viciosos. Pero ved cómo Dios se libra de éste. Para rogar, convengo en ello, es necesaria la fé, á lo menos una fé inicial. Pero ¿sabeis lo que es la fé inicial? La fé inicial es la tristeza en la irreligión. es vuestro malestar, el vacío que sentís; la fé inicial es vuestra duda; es ese puede ser que á cada paso se escapa de vuestro corazón diciendo: quizá existe una Religión verdadera. Quizá, si bien buscarse, hallaría yo su camino. ¿No podeis arrodillaros y decir: «¡Oh! Dios mío, sacadme de la duda! Oh! tú que me has criado, enviame la luz y pon fin á mi tristeza y á la magnitud de mis tormentos!»

Y si todavía es poco, si esta afirmación de Dios cuesta demasiado á vuestra incredulidad, decid la oración que Genelón enseñaba, con tan tierna delicadeza, á los que en su tiempo dudaban: «Oh! si es verdad que hay sobre el hombre algun ser mas poderoso y mejor que él, del cual depende, conjuro á ese Sér que por su bondad emplee su poder en socorrerme. Él vé mi sincero deseo, la desconfianza que en mí mismo tengo, y que recurro á él. Oh! Sér infinitamente perfecto, si es cierto que existis, y que conoceis los deseos de mi corazón, mostraos á mí; levantad el velo que cubre vuestra faz, libradme del peligro de no conoceros, de andar errante lejos de vos y de perderme en vanos pensamientos al buscaros. Oh! verdad, oh! sabiduría, oh! bondad suprema, si es cierto que sois como se dice y que me habeis criado para vos, no consintais en que yo me pertenezca y en que

no poseais vuestra obra. Abridme los ojos; mostraos á vuestra criatura!»

D.—¡Cosa singular! Eso es, casi en iguales términos, el grito que se escapaba del corazón triste, lastimado, del pobre Alfredo de Musset:

Si nuestras grandes angustias
hasta tí pueden llegar,
si en las eternas llanuras,
nos oyes tristes llorar.

rompe esa profunda bóveda,
que cubre la Creación,
alza los velos del mundo,
y muéstrate, ¡oh justo Dios!

M.—Pero no: dejemos los sí, los quizá, las hipótesis inventadas para cubrir una retirada. Dios existe; no lo dudemos. Vive en nosotros, no tenemos que buscarle muy lejos. Digámosle pues, sencillamente: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.» Apelo á vuestra conciencia; ¿quién no puede hacer esta oración?

D.—Oh! nadie. Y por mi parte, no conozco nada mas hermoso, ni que más levante mi alma, y en su sencillez, nada más profundo, Me abre inmensos horizontes, perspectivas sublimes. Hasta os confesaré que hace mucho tiempo que la digo en el secreto de mi corazón. Siempre me conmovió, más todavía no me atrajo la luz.

M.—Seguid. Nuestro Señor dijo: «Llamad, y se os abrirá.» Habeis llamado y no se os abrió. Seguid llamando, sobre todo llamad mas fuerte. Y despues, cuando hayais llamado, escuchad para ver si no se os responde. Muchos hay que llaman y que se marchan. Cuando llega el Maestro para abrir la puerta, ya no están allí. Despues de haber dicho: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha,» es necesario prestar oído, y para escuchar, se debe guardar silencio. Esto seguramente es sencillo, pero capital.

¿Habeis notado en qué circunstancias apareció Nuestro Señor en el mundo? Llegó en medio de todos los silencios. Cesó primeramente la voz de los profetas. aquella voz sagrada que resonaba tantos siglos hacia para preparar el mundo á la venida del Salvador. Fué la primera que calló. Se vió descender luego, y apagarse poco á poco el ruido

de los conquistadores que, siglos hacia, devastaban la tierra teniéndola en tumulto y llenándola de espanto. «Augusto cierra el templo de Jano y Jesucristo aparece en el mundo. No bastaba aquel silencio. Dios espera que las sombras de la noche hagan cesar los ruidos del día, el tumulto de los negocios, y entonces en medio de todos los silencios, del silencio de los profetas, del silencio de los conquistadores, del silencio de los negocios, hasta del silencio de la naturaleza, se oyó una voz. Cantaba sobre una cuna y decia: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á las almas de buena voluntad.»

D.—Comprendo ese silencio. Si Dios se digna hablarnos, muy justo es que todo se recoja para oírle. Pero os confieso que ese silencio me espanta; porque, ¿como lograrlo? Conoceis nuestra vida, la vida moderna. Los negocios nos absorben, los cuidados nos devoran. Mil ruidos, necesarios ó nó, pero inevitables, ocupan nuestros oídos. Necesitaríamos de la soledad; ¿y en donde encontrarla? Nuestra vida no nos pertenece; es de todo el mundo. Hierve con toda fuerza. Compadeceos de ella, tal como el movimiento de las cosas del día la hizo. No me pidais lo imposible.

(Se continuará)

VARIEDADES

Aun queda fé

Leemos en "El Pirineo Aragonés," de Jacca:

"Como ejemplo digno de imitación y sincero testimonio de la rectitud de conciencia que la acción revela, consignamos que por conducto de los RR. PP. Escolapios ha sido restituida mediante secreto de confesión á una rica y apreciable familia de esta ciudad la suma de 4125 pesetas."

Restitución y á persona rica; he ahí una acción sublime de las que entran pocas en libra. Pero á su mérito aun podemos añadir detalles que lo aumentan.

El que habia de recibir el dinero era D. Pedro Perez. El deudor le hizo entregar las 4125 pesetas acompañadas de una cuenta en que hacia constar que su deuda era solo de 250 pesetas, pero que habiendo retenido esta cantidad en su poder desde el año 1843 se creía obligado á devolverla juntamente con los intereses compuestos de 47 años á razón del 6 por ciento.

Ahí tienen ustedes un usurero que no quiere perdonar un céntimo de los intereses, correspondientes al capital que coloca en el banco de los cielos.

Aun queda fé en Israel.

Efectos de no tenerla

Segun cuentan los periódicos, la estadística de los suicidios ocurridos en los Estados Unidos durante los tres últimos años, es la siguiente:

Año 1888.	1.487	suicidas
" 1889.	2.224	"
" 1890.	2.640	"

He aquí el progreso de la desesperacion junto al progreso de las riquezas. Trasladamos la leccion á los entusiastas de la civilizacion moderna.

Otra que tal

La gran novedad del dia, es la quiebra de Mr. Macé. ¡Qué quiebra!

Mr. Macé era una especie de Doña Baldo-mera en grande escala. Contando con la codicia humana desarrollada hoy como peste devoradora, fundó un banco donde recibia imposiciones pagando por ellas intereses fabulosos que permitian triplicar en poco tiempo el capital. Como era de esperar, cuando el buen Macé aseguró los cuartos, desapareció y dejó á los imponentes con diez palmos de narices.

Merecidísimo.

Conejos humanos.

En una pequeña region de Francia, situada en los confines de Pas-de-Calais, se han descubierto unos depósitos de minerales, que han vuelto el juicio á toda la gente del pais. Por tierras que valian algunos centenares de francos, se pagan miles de duros; á un modesto labrador, le han ofrecido por sus tierras cuatro millones de reales. Al ver esto las gentes se han revolucionado; por todas partes se oyen golpes, se hacen análisis, se abren agujeros, en una palabra; aquel pais de republicanos, se ha convertido en un pais de conejos; todo el mundo perfora la tierra para buscar fortuna.

Pero échele usted un galgo

Justamente; échele usted un galgo á la fortuna que no parece sino que cuanto más se la busca menos se la encuentra. Todos quieren ser ricos pronto muy pronto; sea prestando dinero á Mr. Macé, sea abriendo agujeros en la tierra; ó abriéndoselos al prógimo en la barriga segun las circunstancias. Pero es el caso que como todos quieren lo mismo, tropiezan unos con otros y se dan de coscorrones. Á las amenazadoras voces de los niveladores, socialistas, comunistas etc. que se agitan por todas partes, responden ya las de otros nuevos filósofos que se proponen comerse vivos á los primeros en menos que canta un gallo. Estos filósofos de última hornada llamados *los andrajosos*, reunidos hace algunos meses en las afueras de Paris en un despoblado, sin mesa ni campanilla ni presidente ni nada, dijeron:

"Esos socialistas que se han reunido para pedir más jornal y menos trabajo, tienen casa, duermen en buenas camas, visten bien,

concurren á las tabernas, á los cafés y á los teatros, y son, en suma, unos caballeros comparados con nosotros. Ellos son, por tanto, verdaderos burgueses y nosotros somos los desheredados. ¡Guerra á los socialistas!

Y cate usted aquí ya á los socialistas convertidos en objeto de odio y envidia de otros socialistas más desarrapados que piden á voz en cuello su esterminio y destruccion.

¡Qué cuadro tan bonito! ¡Qué idea tan clara dá del progreso que padecemos!

Volvamos la vista

Si; volvemos la vista para no morirnos de tristeza, y consolémonos fijándola en los ejemplo de abnegacion y de caridad que cada dia ofrecen al mundo los hijos de la Iglesia. Mientras al grito de progreso y civilizacion, se amenazan unos á otros los hombres sin fe, queriendo devorarse como lobos, los discípulos de Jesucristo entregan no solo sus bienes sino hasta su vida por salvar la de sus hermanos.

Hace pocos dias traian los periódicos la noticia del fallecimiento del R. P. Bakkes redentorista sacrificado voluntariamente en la Guyana holandesa á la asistencia de los leprosos.

En el gobierno de Surinam hay una colonia de leprosos, y desde 1866 los cuidaba este sacerdote. Diez años hacia que él mismo padecia la lepra, y hubo precision de amputarle los dedos. Con santa rasignacion padeció horriblemente hasta la muerte, siendo el tercer redentorista que ha sneucubido por servir á los pobres apestados.

Y es de advertir que los leprosos de Surinam son la mayor parte protestantes

¿Cuándo se convencerán los desdichados de la tierra que solo entre los hombres de fé se encuentran sus verdaderos amigos?

Confirmacion elocuentisima

El cardenal Lavigerie se halla en la actualidad en Brikerá y tiene ya elegidos, entre los *setecientos* católicos que acudieron voluntariamente á su llamamiento para consagrarse á la obra antiesclavista, cincuenta, de los más aptos para emprender la conquista pacífica del Sahara.

Estos cincuenta héroes, verdaderos amantes de la libertad, van á permanecer quince meses en Briskra preparándose para su extraordinario apostolado. En dicho tiempo se dedicarán á aprender los dialectos de los pueblos del desierto, á perfeccionarse en las faenas agrícolas y á manejar las armas. Conseguido esto los Hermanos se internarán en el desierto, se detendrán en un lugar provisto de agua y crearán un oasis elevando en él el *Brit-Alláh* la casa de Dios, que estará abierta á todo ser humano. Se dividirán en grupos; constructores, agricultores, cazadores, etc. y estarán acompañados por dos Misioneros y un médico negro, esclavo rescatado, iniciado en la medicina.

El Cardenal Lavigérie funda grandes es-

peranzas sobre esta institucion que si produce resultados será ampliada y se irá extendiendo hasta conseguir introducir la civilizacion cristiana entre los pueblos del desierto que viven del pillaje, acostumbrarlos al trabajo y acabar con la trata de esclavos, ignominia del mundo moderno que con todos sus ejércitos, todos sus progresos y todas sus pamplinas, está consintiendo que en los mercados de Marruecos, Tripoli, Egipto y Turquía se vendan como bestias los infelices negros cazados á tiros en el Sudam.

¡Hurra por la civilizacion Cristiana! ¡No mas farsas! ¡Donde está el espíritu de Dios allí está la libertad y el progreso y la justicia y todo lo que puede constituir la salvacion de los pueblos.

PENSAMIENTOS

La fé, la oracion, el deber, el combate, y el orden, son las cinco cosas que constituyen al cristiano.

Ravignan.

Estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.

El Quijote.

BIBLIOGRAFIA

EL ORDEN EN EL MUNDO FÍSICO Y SU CAUSA PRIMERA SEGUN LA CIENCIA MODERNA, por D. L. de Saint-ellier, traduccion de D. F. Pons y Boigues. Una peseta en rústica. Los pedidos á la sociedad editorial de S. Francisco de Sales. Bolsa 10 principal, Madrid.

La misma sociedad ha publicado ya el cuaderno octavo de LOS GRANDES ARCANOS DEL UNIVERSO y del DICCIONARIO APOLOGÉTICO DE LA FÉ CATÓLICA obras magníficas ambas dignas de figurar en lugar preferente en la biblioteca de un católico instruido.

LA LECTURA POPULAR.

—(—)

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, qual accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.